

LA BUENAVENTURA.

(A FELISA.)

I.

Al comenzar el año en que esto escribo, recibí por el correo interior cuatro papelitos con lindas orlas. Uno de ellos contenía tu dulce nombre, otro el mio, y los otros dos cada uno una seguidilla. Una de las seguidillas era ésta:

Dueño mio, si quieres verme contenta, cuéntame un cuentecito de los que alegran; de los que alegran, y de paso, las cosas del mundo enseñan.

¿Cómo un *galán*, aunque sea tan poco galán como yo, ha de desairar á una *dama* tan linda, tan discreta y tan buena como tú?

Voy á contarte un cuento, que si no alegra á las doncellas, al ménos les dice: "Eh, cuidadito, niñas, en ese paso, que es el más peligroso del camino de la vida."

Ya sé que tú eres modesta y buena; ya sé que el dolor más santo de las doncellas, el dolor de la orfandad, ha nublado tus hermosos ojos y ha hecho palidecer tus rosadas mejillas, ya sé que, ciñendo aun la corona de las vírgenes, abrigas los graves pensamientos y conoces las santas inquietudes de la madre de familia; pero como voy á contarte en alta voz este cuento, no faltará entre las amigas que te rodean quien aproveche la lección, que para tí, Felisa, es excusada.

Oye, pues, cómo la doncella que camina por el mundo con la frente demasiado alta, se expone á dar con ella en el suelo.

Cármén era una niña muy linda. Su padre era un pobre empleado con ocho mil reales de sueldo; pero á pesar de eso, Cármén, su única hija, se crió con tanto regalo y mimo como las hijas de los marqueses, porque sus padres la idolatraban.

—Mi hija—solía decir su madre en el colmo de su orgullo y de su amor maternal—se ha de casar con un príncipe.

Pero la pobre señora se murió ántes de que su hija tuviera tratamiento de alteza, y su marido se fué tras ella poco tiempo despues, quedando la pobre Carmencita huérfana de padre y madre á la edad de doce años.

El cura párroco de Santa Cruz era tío de la niña, y viendo el desamparo en que ésta quedaba, se la llevó á su casa y le prodigó, si no el mimo que le prodigaban sus padres, el cuidado y el cariño que su desgracia y su hermosura de alma y cuerpo requerían.

La vanidad y la ambición de ser, si no princesa como la pobre de su madre había profetizado, al ménos mucho más que simplemente sobrina del cura, era el único defecto notable en Cármén.

Una hermosa mañana del mes de Junio estaba almorzando con su tío y el ama de éste,

que era una mujer muy buena, llamada doña Ciriaca.

El almuerzo llegaba ya á los postres. Los postres eran un platito de cerezas, de las que iba á tomar el señor cura, cuando doña Ciriaca se lo impidió, retirando precipitadamente el plato, y exclamando:

—¡Aguarde usted, que voy á ver cuántas cerezas hay aquí!

—¿Y para qué?

—Déjeme usted, señor, que yo me entiendo,—contestó el ama contando las cerezas.

—A puesto—dijo el cura sonriéndose—á que anda en esa operacion la lotería.

—Hay ciento sensenta y cinco. Cinco veces los años de Cristo. Como llegue á encontrar en alguna lotería el billete de este número, de fijo saco un premio grande.

—¡Pero, santa mujer, que ha de ser usted tan boba....!

—Vamos, señor, déjeme usted, que yo sé lo que me hago. Sí, riase usted, que yo tambien me reiré cuando me salga un terno en los números que esta mañana me dió el tío de los pajarracos.

—Doña Ciriaca, no sea usted tonta, eche usted en cábalas y loterías, y verá cómo se encuentra cada año con un buen premio.

—No se canse usted, señor, que yo me he empeñado en hacerme rica con la lotería, y me he de salir con ello.

—Vamos, á usted hay que dejarla ó matarla,—dijo el cura.

Y se retiró del comedor.

—Yo creo que el tío tiene razon,—dijo entonces Cármén á doña Ciriaca.

—¡Qué sabes tú, tonta!—replicó el ama en voz baja.—Si llego á averiguar una cosa que me han dicho esta mañana, ya puede el gobierno preparar talegas de duros para mí.

—¿Y qué cosa es la que necesita usted averiguar?

—Cuántos escalones tiene la escalera de la torre de Santa Cruz.

—¿Y qué adelanta usted con saberlo?

—¿Qué adelanto? Hacer una combinacion, con la que de seguro lo ménos me caen dos ternos.

—¿Y quién se lo ha dicho á usted?

—Una gitana que sabe más que Merlin

—¿Pues por qué no lo averigua ella y juega?

—¡Toma! Porque á ella no la han de dejar subir á la torre á contar los escalones.

—Preguntemos al tío cuántos hay, que él debe saberlo.

—No, no me fio yo en él ni en nadie, que si se equivocan en un escalon, adios jugada. Nosotras mismas vamos á subir á contarlos.

—¿Ande usted, que no se va á burlar poco de nosotros el tío!

—Nos guardaremos muy bien de decirlo á qué subimos. Mira, díle que deseas subir á la torre á ver lo que se descubre desde allí, que esa curiosidad es más propia de las niñas que de las viejas.